



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 8.º

JUEVES 23 DE ABRIL DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos granados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

ROMANCERO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO.—AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—LOS PEULES DE KUAR EN EL AFRICA OCCIDENTAL, por A. Raffel.—ESTUDIOS MORALES: la caridad, por Magin Bertran.—TAFVEL Y ADELINA: balada popular sueca de la edad media, por A. F.—A LA MEMORIA DE ALEJANDRINA, por el conde de Fabraquer y E. S.—LA ESPEDICION ESPAÑOLA AL PACIFICO.—BIBLIOGRAFIA.

ROMANCERO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO.

El romance ha sido la forma casi exclusiva, con que la musa popular ha cantado en nuestro país las virtudes de sus santos, las gloriosas hazañas de sus héroes y los afectos de sus amantes. Hubo un tiempo en que la rareza de los libros, ó su excesivo coste, impedían su adquisición á las clases menos acomodadas; y para satisfacer en parte la natural afición del pueblo á la lectura, algunos impresores se dedicaron á publicar con el nombre de *Historias*, una especie de extractos de los libros de caballería, muy en boga entonces, y *Romances* de la misma índole, que con mayor ó menor perfección en sus formas, tenían siempre algo de literarios, porque el atrevimiento de la ignorancia no había profanado aun el santuario de las musas. Pero pasó aquel tiempo, y los adelantos naturales de la civilización, sacando al arte de su infancia, trajeron en pos de sí el siglo de oro de nuestras letras, siglo dichoso en que el mundo vió florecer en torno de Cervantes, Calderon y Lope, tantos y tan esclarecidos ingenios. Fácil hubiera sido entonces producir en las leyendas populares la misma revolución llevada á cabo en esferas mas elevadas y sustituir á la lectura frívola y de mala especie, que ya entre el pueblo se difundía, las preciosas joyas que brotaban de las fecun-

dísimas plumas de los escritores de aquella época; pero ya fuese por el temor de la lucha que hubiera habido que sostener con las preocupaciones del vulgo, ya porque no se le diese á este pensamiento toda su importancia, lo cierto es que muy pocos de los buenos *Romances* se imprimieron sueltos, y los que llegaron á imprimirse se vieron pronto mutilados, introduciendo la ignorancia entre sus mas bellos conceptos las chocarrerías mas vulgares y absurdas, muchas de las cuales pasaron despues por aberraciones de la inteligencia del autor, cuya obra había sido profanada.

La fácil adquisición de estas *Historias*, y *Romances* hizo de ellos el exclusivo alimento intelectual de las clases pobres, formándose en el pueblo un gusto especial por esta lectura, que por desgracia subsiste todavía; pues aunque las costumbres han cambiado, el carácter de estas leyendas se ha modificado tambien, sin perder por eso su grosera forma y su tendencia constante á sostener las mas absurdas preocupaciones y halagar los mas depravados instintos.

En efecto, el mejor romance para ciertas clases del pueblo es aquel en que se refieren hechos mas inverosímiles; los héroes mas gloriosos los asesinos que mas víctimas han inmolado, y las eoplas mas bellas, las que mas ofenden el pudor con sus hediondas obscenidades. Dolor causa el decirlo; pero esa ha sido hasta aquí; esa es hoy desgraciadamente la lectura del pueblo.

¿Y qué es, se nos dirá, lo que se puede sustituir á esa lectura perniciosa, padron de ignominia para nuestras letras y fuente de desmoralización para nuestras costumbres? Hé ahí precisamente la misión que viene á cumplir el *Romancero español contemporáneo*.

Una de las primeras palancas de la civilización de un país son las leyendas populares, cuyo carácter distintivo debe ser su tendencia á moralizar é instruir, sin lo cual un pueblo no puede ser morigerado, ni libre, ni di-

choso. La publicación se dirige á este fin por tres caminos diferentes:

El primer lugar lo ocuparán en ella los *Premios á la virtud*: es decir, que se cantarán aquellos hechos mas culminantes que como prácticas de grandes virtudes sociales ó cristianas, hayan merecido público premio, adjudicado por alguna de las dignísimas corporaciones que empiezan á desarrollar en nuestro país un pensamiento tan civilizador, tan cristiano y fecundo; pues abrigamos la convicción de que esos premios que se distribuyen, no para pagar, sino para honrar la virtud, serian hasta cierto punto ineficaces, sino se diesen á conocer entre las clases del pueblo, que al ver esos actos de abnegación tan sabia como justamente enaltecidos, añadirán al estímulo de sus buenas aspiraciones el doble estímulo de la gloria que podrán conseguir con imitarlos.

Y por otra parte, ¡qué asunto mas digno de la lira de nuestros vates que esos sencillos y tiernos poemas, donde se canta, no la soberbia del poderoso á quien tributa el mundo serviles adulaciones, sino la pobreza humilde que por un sentimiento de caridad se sacrifica por sus hermanos!

El segundo camino que para instruir seguirá el *Romancero*, es el de cantar las *Glorias de la patria*, para que el pueblo aprenda á conocer y apreciar los hechos mas culminantes de su historia y los varones que mas se hayan distinguido por su santidad, por su ciencia ó por sus hazañas.

En tercer lugar, y para hacer esta lectura mas amena, se dará cabida á asuntos puramente recreativos, pero siempre de útil enseñanza, en que, sin faltar á las formas ni al decoro convenientes, se censurarán los vicios de que adolece nuestra sociedad, que es el medio mejor de combatirlos.

La publicación que nos ocupa, no es la obra esclusiva de un hombre; es la protesta elocuente que hace la sociedad actual por medio de sus eminencias literarias de que un pueblo

en donde se premia la virtud y en donde hay cátedras de moral, no debe permitir que las clases pobres alimenten su inteligencia con un pasto tan abominable.

En la conciencia de toda persona sensata, por poco ilustrada que sea, está la necesidad de apartar de los ojos de la multitud sencilla e impresionable una lectura que, además de ser una afrenta para nuestra civilización, sirve solo para alentar el crimen y estraviar los buenos instintos.

Cuando las páginas del *Romancero* penetran en el hogar de toda familia honrada, no lo dudamos, serán arrojadas de él con desprecio esas asquerosas elucubraciones de la ignorancia, que con el título de *Romances* lo han invadido hasta ahora; y á ello ayudará toda persona que ejerza alguna clase de autoridad sobre sus conciudadanos, y estime en algo la cultura de su patria.

En cuanto al desempeño de esta importantísima obra, bastará decir que en ella han de tomar parte todos los escritores con que hoy se honra nuestra literatura. Ella será la regeneración de nuestras *Leyendas populares*; con ella se prestará á nuestro país un inmenso servicio, y confiamos en que será leída con avidez por todas las clases de la sociedad, porque todas están igualmente interesadas en que el pueblo adquiera la moralidad é instrucción necesarias para llenar los fines á que le destina la Providencia (1).

AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO,

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION.)

Aunque este individuo de nariz colorada no pudo contemplar la luna desde el puente de Carlomagno, se vió sin embargo en plena libertad de bañarse en la luz suave y verdosa de las calles en Maguncia, privilegio del que se aprovechó hasta una hora muy alta de la noche, á pesar de su fatigoso viaje por el Rhin. La profunda tranquilidad de estas ciudades del continente por la noche es agradable, pero choca al que está acostumbrado al movimiento nocturno de la ciudad de Londres. Todo está tranquilo, casi tan tranquilo como la muerte, y se puede oír el sonido gradual y cadencioso de las campanas de la ciudad, sin el incansable acompañamiento del ruido de los carruajes que pasan á lo lejos como sucede en Londres. Los gatos mismos parecen tener mejores horas que en la capital de Inglaterra; estoy seguro de que los gatos de las ciudades del continente, desconfían de los altos techos de las casas antiguas y prefieren el albañal á las tejas. En las casas no se encuentra perro alguno, porque cada perro en Maguncia es numerado, registrado y empadronado, y paga derechos. Solamente un sonido sordo entre zumbido y zumbido se siente en la atmósfera; esto es tal vez el ronquido de los habitantes de Maguncia que se han acostado hace algunas horas. Silencio; se oyen pasos sonoros; son los del centinela, que se pasea delante de su blanca garita.

Las ventanas de las altas casas de Maguncia están sin luz alguna; en vano buscaríais una sola en la que una luz indicara que había alguien que velaba. Los sabios nos dicen que en cada segundo muere un ser humano; por lo tanto, ahora en Maguncia debe de haber alguno próximo á su fin, hace un segundo ó dentro de un segundo; pero ¿dejan aquí á los enfermos que se mueran á oscuras?

¡Oh prodigios de la noche! ¡oh prodigios de la luna y de las estrellas! ¡oh prodigios de la hora del sueño! Pero la noche tiene sus terrores como también su tranquilidad. ¿No habeis

oído á veces durante la noche un grito agudo y penetrante, un grito de agonía ó de horror? ¿De dónde venia este grito? ¿Quién le daba? ¿Era causado por el agudo bisturí del doctor, por el puñal del asesino ó por la espina punzante del remordimiento comprimido durante mucho tiempo? ¿O es la muerte que se levanta por la noche? Otras veces, ¿no es nuestra propia imaginación la que nos induce á creer que han pronunciado nuestro nombre en tono imperativo, fuerte y distinto, al lado de nuestra almohada, y cuando ya estamos espertos, sentimos nuestro completo aislamiento?

Los tres viajeros se fueron á dormir á una de las mayores fondas que hay frente al Rhin en Maguncia. La fonda de Inglaterra es por su extensión una bagatela comparada con el palacio de Brukingham y mucho mas bonita. «Nosotros cenamos dice el hombre gordo en su colección de memorias que es de esperar que algun dia se encuentren tan interesantes como cualesquiera otras de las publicadas, en una habitación del tamaño de Middle Temple Hall, donde había por lo menos una docena de mecheros de gas, aunque nosotros éramos los únicos huéspedes. El hombre flaco rehusó cenar, y este hombre de nariz colorada que se había hecho mas sentimental que nunca, se limitó á un inconveniente refrigerio de pan negro, queso de Gruyère, y vino de Medoc. Tengo el placer de decir que tuvo los mas alarmantes síntomas de indigestión, y que vió muchos espíritus antes de almorzar. Yo me ví obligado por el bien de la casa á pedir dos chuletas de ternera y una tortilla de yerbas. El vino de Rudesheim era potable; el Macon, añejo, pero mediano; no me hallaba asustado, sino mas bien nervioso por la magnitud de la habitación. Me servia un mozo alto con unos pantalones que eran cortos para él, una nariz con escrescencias, y una cabeza muy calva y brillante. Cuando veo una cabeza muy calva é igual, me da siempre un gran deseo de escribir en ella mi nombre y mis señas. El mozo me dijo en un francés que mas tenia de alemán, que era italiano, y que necesitaba volver á las orillas del lago de Como. Había llegado á aprender una frase en inglés que me la repetía con una frecuencia que era para ofender. Después de cenar me fui á la cama. El hombre de la nariz colorada tenia tanto sueño, que debió romperse las espinillas tropezando once veces en la escalera. Dormí en una cama de pluma tan alta como yo, y soñé que yo era un ganso y que las furias bailaban en derredor mio en un fuego azulado; de esto deduje que no deben tomarse chuletas de ternera para cenar.»

Los tres viajeros se levantaron temprano á la mañana siguiente. Hay que tener en cuenta que el tiempo que debían pasar fuera de Londres era muy corto, y ya habían trascurrido tres dias. El hombre flaco empezó á demostrar una grande incertidumbre en cuanto al punto á donde debían ir primero, después de haber visitado á Francfort.

—Debemos comer en la mesa redonda de la fonda de Rusia, ya sabeis, decía, todo el mundo lo hace. Después debemos ver la Ariadna de Danneker, la casa en que nació Goethe, la iglesia de San Pablo, la calle de los Judíos y todo lo demás. Además yo tengo una comision que evacuar en casa de Rothschild, y me atrevería á decir que este hombre de nariz colorada, deseará especular en la lotería de Francfort. ¿Pasaremos después por Heidelberg, y desde allí por el Oberland de Berna y al través de los Alpes, por el Grimsel, el Furka y el San Gothardo?

—Yo deseo ir á Heidelberg y ver el gran tonel, replicó el hombre gordo.

—Después podemos ver á Strasburgo y su catedral... continuó el hombre flaco.

—Sí, repuso el hombre de la caja de hierro, luego podemos cruzar el puente de Kehl é ir á Baden.

—¿Necesitais ir á Baden, amigo mio? replicó el hombre gordo con una severidad cómica; es malo para vos el ir á Baden. No hay sardinas hoy para vos, jóven.

El hombre de la caja de hierro tenia una debilidad que casi rayaba en pasión por las sardinas. Había inventado una máquina que se asemejaba algo á unas tijeras, con el solo objeto de abrir las cajas de sardinas que estaban cerradas herméticamente. Tres ensayos de la máquina del hombre de la caja de hierro, decía el hombre gordo, que eran tan buenos como una amputación. Cuando sus amigos deseaban dar un mal rato á este hombre tan mal tratado, se comían todas las sardinas que presentaban en el almuerzo; como era modesto tenia vergüenza de pedir mas, echaba miradas vengativas sobre el plato vacío y confesaba sin reparo su afición á los pescados en aceite. El hombre flaco decía que su bebida favorita era aceite de hígado de bacalao, y circulaba una noticia maliciosa de que una vez había emprendido un viaje á la Groenlandia en un buque ballenero con el único objeto de presenciar cómo derretían el sebo de la ballena.

La conversacion sobre el acostumbrado tema de su itinerario tuvo lugar también una mañana temprano que iban paseando por las calles de Maguncia. Mirad cuán bellamente tiñe el sol las molduras de las maderas ennegrecidas de esta antigua casa, exclamó con entusiasmo el hombre flaco. Mirad cómo se distingue ese poco de encarnado sobre la sombra oscura que hay debajo del arco.

No es oscura, es azul y trasparente; en la sombra hay una vieja mondando zanahorias; parece como pintada por Gaspar Netscher.

—Y estos jarros de cobre para la leche, continuó el hombre flaco, no haciendo caso de su compañero. Ved qué excelente efecto de reflejo de luz os dan; ved cómo se retratan las frutas que hay en la banasta, en esas brillantes vasijas de metal.

—Al hacer esta escalera han creído que nadie había de subir por ella, dijo el hombre gordo, apuntando á una que parecía como si hubieran descargado en ella un carro lleno de losas de las aceras.

—¡Oh! no ha sido así, repuso el hombre flaco; creo que habrá sido hecha para que sirva de modelo á un pintor. Mirad los puestos de las fruterías; mirad esa extraña torrecilla en el extremo de la calle; toda ella está llena de molduras y adornos.

—Es una garita con un hombre y un grifo encima de éste y un soldado dentro, dijo el hombre gordo.

—No es así, exclamó con indignación el hombre flaco. Es la urna de algun santo. Mirad el pavimento cubierto de piedras extrañas de todos colores y tamaños; mirad la magnífica colección de hierro viejo que hay en esta silla. Os digo que el único hombre que hay á propósito para dibujar esta calle es Jorge Cattermole y el único á propósito para pintarla es Jacobo Holland.

—Desearia no sentir un olor tan fuerte, repuso el hombre gordo que deseaba almorzar porque estaba hambriento.

—Y yo desearia no encontrar tantos soldados austriacos en el camino, porque no me gustan, dijo el hombre de la caja de hierro. Si este cabo vuelve otra vez á mirarme, le voy á hacer un gesto.

Poco á poco hasta las nueve de una hermosa mañana de setiembre (que equivalía á la temperatura de julio en Inglaterra), anduvieron dando vueltas y desdeñando el dirigirse á nadie para preguntar el camino que habían de seguir para ir á la plaza del mercado en Maguncia. En esta plaza, hay una bonita fuente fantástica del renacimiento germánico que presenta esculturas extrañas de cetos, ninfas, delfines, ángeles y sirenas, que sirven de pedestal para una estatua de la Virgen María. Esta fuente fue erigida por Alberto de Brandenburgo en el año 1540 en conmemoración de la prisión de Francisco I por el emperador Carlos V. En esta plaza había muchos soldados austriacos; iban andando tan despacio como si arrastraran cadenas. Todos estos soldados tenían las orejas descubiertas, bigotes

(1) La dirección y administración del *Romancero español contemporáneo*, se hallan establecidas en la calle de las Infantas, núm. 52, cuarto tercero derecha.

desagradables y cejas imperceptibles. Los oficiales austriacos, como tambien los rusos, son todos nobles, y por el nombre de austriacos quiero dar á entender todos los militares de las provincias del Austria. El emperador Francisco José tiene varias nacionalidades bajo su estandarte; croatas húngaros, que son los verdaderos panduros del viejo Trenck, bohemios, tiroleses valerosos, pero ligeros, y soldados de los límites militares. El soldado visón es un patán de cabeza gorda que no sirve mas que para estar metido en un uniforme blanco, bien castigado por la vara del cabo y que suele ser fusilado ó muerto de un bayonetazo por casualidad. Es incorregiblemente estúpido y sirve de hazme reir á todos los del Norte de Alemania, los cuales cuentan mil historias grotescas de los austriacos aunque falta saber si es con justicia.

Como quiera que sea, los soldados austriacos se pasean con paso vacilante por el mercado de Maguncia llevando grandes cestas, tratando de sacar de sus bolsillos sus impalpables monedas llamadas zwanzigas y krenzlers cuando llegan á los puestos de fruta, y contrastando de un modo muy desfavorable con los marciales prusianos, con sus pequeños bigotes retorcidos, negros y recortados. Estos soldados tienen la cabeza pequeña, el pelo corto y brillante, los ojos vivos y demuestran de un modo evidente que han ido á la escuela. Seguramente la infantería prusiana es la mejor infantería y la maravilla del mundo. Comprende la disciplina militar perfeccionada por Federico el Grande, alterada por Napoleon en Jena cuando ya se hallaba degenerada y que Von Stein resucitó despues para batir al corso en Leipsick y Waterloo bajo el mariscal Vorwarts, llamado Blucher en las listas del ejército. Creo que jamás se presentó con mas oportunidad un genio que como lo hizo este huésped prusiano, saliendo del bosque de Soignies. Los soldados del mariscal Vorwarts, es decir, en el día los del general Van Wrangel, vestidos de azul y cubiertos con cascos, están con toda comodidad en Maguncia, fumando sus malditos cigarillos y regateando sobre el precio de las manzanas y de las uvas. Estos soldados prusianos parece que siempre tienen dinero que gastar; tienen bancos de economías en sus regimientos, el capitán es el tesorero. Dicho capitán es una especie de tutor entre sus soldados; mayor para ellos que el general Von Wrangel, que el príncipe de Prusia, que el rey ó que el emperador. Acordaos si no de la historia de Federico el Grande y del centinela en una noche fria y ventosa. «¿Por qué no fumamos? le preguntó el rey que iba de incógnito. —No debo hacerlo, porque es contra la ordenanza, contestó el centinela. —Pero puedes hacerlo, te doy licencia. —No importa, no debo hacerlo. —Te digo, insensato, que lo puedes hacer impunemente, yo soy el rey.» ¿Y qué creéis que contestó á esto el centinela? «Sois el rey? replicó, pero ¿qué diría á esto mi capitán?» Moral de la anécdota: obedeced siempre á vuestro superior inmediato. Yo tengo un gran respeto al ejército prusiano. En cuanto á los tambores, no merecen este nombre sino el de timbales, y cuando los tocan tienen un sonido que no es tan sonoro como debía de ser el de una buena piel de oveja, sino un sonido áspero, discordante, metálico y desagradable. S. A. R. (no el que manda los guardias de á caballo sino el de Windsor, Osborne y otros puntos) quiere, segun dicen, introducir esta clase de timbales en el ejército inglés (1).

En el mercado de Maguncia habia tambien soldados de Baviera, mozos gruesos, alegres, de color fresco y sonrosado, de aspecto marcial con ojos azules y risueños, con uniforme azul celeste y morriones con plumeros á un lado,

algo parecidos á una especie de traje de capricho del mozo de un matadero. Los oficiales prusianos llevan sobre sus hombros charreteras de escamas semejantes á conchas de ostras que hubieran sido doradas; anchos botones de metal y pantalones con trabillas sobre sus botas de punta ancha. Se presentan en público llevando debajo del brazo libros de todas clases, con la cabeza en estudiantina meditacion, tan inclinada sobre el pecho, que hacen temer el que vayan á tropezar con las cimeras de sus cascos. Saben todo lo que se conoce acerca de Vauban y de Cohorn, del campo de Radowitz y del tratado de Westfalia. Los oficiales bávaros aparecen muy de mañana, tal vez porque beben una gran cantidad de su querida cerveza de Baviera por la noche y no se acuestan hasta despues de haber estado en la parada que hay temprano. Cuando salen van muy elegantes y llevan un gran número de plumas; pero con respecto á la elegancia militar, habladme de los austriacos, es decir, de los oficiales, no de los soldados. ¿Qué levitas blancas del paño mas fino y delicado! ¿qué bigotes tan bien cuidados! ¿qué botas del mejor charol! ¿qué guantes blancos de piel de gamuza! Igualan casi á los guardias rusos en la esquisita elegancia de su traje y están orgullosos de no llevar charreteras. ¡Miradlos! parecen decir ¡cuán bien dispensados estamos de esos vanos y enojosos adornos! Y sin embargo, casi todos los oficiales austriacos hacen lo posible para llegar á ser corpulentos. Aquí viene uno andando con afectacion, muy ajustado en su traje, fajado por su cinturón y llevando unas botas de dolor o esplendor. Lleva del brazo á una señora y va envuelto en un hermoso círculo de volantes y telas almidonadas.

—El ejército austriaco y su bagaje, murmuró el hombre de la caja de hierro.

—Gracioso, pero duro, replicó el hombre gordo; me choca que la tierra pueda soportar tantos soldados como hay en Maguncia.

—Hacedlos saltar por el aire para estar seguro, añadió el hombre flaco.

—Gracioso tambien, pero cruel, dijo el hombre gordo. Yo me ocupo poco de los tres ejércitos y me atreveria con todos ellos; deseo que estén en guerra con no otros Austria, Prusia y Baviera.

—¿Y luego? dijo el hombre flaco.

—Luego, nos los comemos, contestó con tono decisivo el hombre gordo.

El hombre gordo estaba ocupado en comer apresuradamente y dejó de hacer ciertas observaciones; porque además de los soldados que habia en el mercado; además de las largas procesiones de niñas que iban á la escuela con muchachas de catorce años al final y vigiladas por monjas vestidas de estameña negra, con tocas blancas y almidonadas, con rosarios de madera y con los ojos bajos; además de los clérigos de cejas salientes que andaban vagando alrededor mirando furtivamente por debajo de sus sombreros de ala ancha, con sus manos de nudillos gruesos cruzadas delante con una modestia afectada y arrastrando lentamente sus grandes pies; además de la multitud de amas de casa viejas y jóvenes, feas y bonitas que seguian su camino por las calles formadas por las banastas de las vendedoras y trataban de la horticultura al comprar legumbres; además de todo esto, la plaza del mercado estaba llena de gente y de cosas que no he mencionado aun, pero que tendrían tal vez mas derecho que nadie á estar aquí. Luego, debajo de sombrillas encarnadas, debajo de sombrillas de un verde de guisante y de un azul celeste, todas de un tamaño respetable, debajo de toldos que podian haberse construido para una fiesta campestre, debajo de frágiles tablas y de maderas que habian servido ya para otras cosas, estaban las mujeres del mercado; coloradas, robustas, bronceadas, con pañuelos de colores vivos puestos alrededor de la cabeza; algunas con sombreros de paja de copa alta, tales como los que suelen llevar los kabyilas; todas con grandes pen-

dieutes de oro y de plata y sortijas, cadenas, cruces y brazaletes, y todas ellas elogiando sus mercancías en una gerigonza, que á pesar del poco conocimiento que tenían del alemán nuestros tres viajeros, no pudieron tomarle mas que por un dialecto execrable. Pero las frutas, no las hortalizas, no eran comparables á las de Coven Garden. Los melones parecían haber declarado una rivalidad á muerte á las calabazas y estar determinados á escederlas en tamaño, pero su interior estaba lleno de escresencias bulbosas. En cuanto á las calabazas, parecían deseosas de competir en tamaño con la media naranja de San Pablo. «Cuando se descubra quién era el autor de las Cartas de Junio,» dijo el hombre gordo, «entonces se sabrá tal vez con qué objeto cultivan calabazas los hortelanos que vienen al mercado. Entre cada mil mujeres, una sola hace una escudilla de potaje de calabaza; en los Estados-Unidos algunas calabazas se emplean para convertirlas en pasteles; pero ¿qué hacen del resto? ¿Para qué sirven si no para ser pintadas en los cuadros de la vida campestre y para verlas grandes, amarillas y agradables (aunque no son agradables sino ásperas y fibrosas) en los puestos de hortalizas? Mejor querria tener que guardar un elefante blanco que un campo de calabazas; pero no, lo mejor seria tener las dos cosas porque el elefante devoraria las calabazas y le hariais trabajar despues de comer como lo hacia Mr. Barnum en Iranistan.» Pasaremos de largo entre los albaricoques y los melocotones, las manzanas y las peras, las ciruelas y otras frutas; era el verano combinado con los frutos del otoño. Pero mirad únicamente las uvas en racimos que pesan cinco libras; en montones como solo la vinosa imaginacion de un pintor de muestras de tabernas podria representar; racimos blancos y racimos negros; racimos transparentes con su ollejo claro y su jugo mas claro aun; racimos opacos con su dulce néctar; grandes racimos poco apretados; racimos de Hockheim, pequeños, delicados y brillantes; racimos de todas clases vendidos á figuras ridículamente bajas. El hombre gordo, no pudiendo hacerse entender por sí mismo y comprendiendo menos todavía la charla de las mujeres del mercado, cambió un florin austriaco (hacia ya tiempo que habian dado un largo adiós á los thalers y á los silbergrosses) y repartió pródigamente los pequeños krentzers de cobre entre los vendedores de uvas. Libras de estas llovieron entonces sobre él; sus bolsillos y los de sus compañeros empezaban á reventar; sus brazos estaban cargados con exceso y no podian hablar porque estaban casi ahogados por las uvas; sin embargo no tenían valor para gritar ¡basta! porque la fruta era deliciosa y los racimos llovian sobre ellos. Por todo Maguncia corrió el rumor (debido esto al hombre gordo) que tres señores ingleses estaban comprando en el mercado. El hombre flaco estaba estasiado; el hombre de la caja de hierro que habia estado de mal humor desde su soliloquio acerca de la luna, empezó á dar palmadas y gritos de alegría.

—Con una máquina para prensar ó con un regimiento de granaderos que pisara toda esta uva ¡qué bien se sacaria el jugo! Cerrando las calles, la plaza del mercado se convertiria en lagar; el sol lo fermentaria todo en una hora y esta inoportuna fuente daría vino en realidad.

—Estais diciendo disparates como de costumbre, replicó el hombre flaco. Os suplico que tengais en cuenta que yo como uvas por razones puramente científicas; son saludables y están consideradas como un excelente anti-dispéptico.

—Un saco de noche se supone que contiene todo lo que podeis meter en él, dijo el hombre gordo; por lo tanto, por un cálculo semejante, podeis comer tantas libras de uvas como os quepan dentro del cuerpo hasta que vuestras costillas empiecen á estallar; entonces es tiempo de que lo dejeis.

(1) Es exagerada la critica que ha hecho el autor inglés de muchas cosas y costumbres alemanas, por lo cual no solo nos vemos precisados á templarla á cada paso, sino que protestamos contra todo lo que revela pasion exagerada.

(Nota del SEMANARIO)

—Advertid, murmuró el hombre flaco al oído del gordo y apuntando al de la caja de hierro que estaba comiendo á hurtadillas grandes cantidades de racimos de uvas negras, advertid que come los ollejos. Tened en cuenta lo que os digo, este hombre acabará mal.

—Mejor es comer los ollejos que ensuciar

el pavimento de la catedral con ellos, replicó el hombre de la caja de hierro que había oído una parte de lo que antecede. ¿No nos estamos llenando de ácido tánico? ¿no hay cosas en la vida de mas importancia que las uvas? ¿Venimos nosotros al extranjero para ser tres cerdos en el establo de Epicuro ó para es-

tudiar arqueología y bellas artes en general?

La catedral de Maguncia está situada al lado de la plaza del mercado y los habitantes parecen estar extraordinariamente orgullosos de ella y cuidarla mucho ó haberla olvidado y no hacerla caso, porque á su alrededor se han



Un sueño de vino del Rhin.



La calle de los Judíos en Francfort.



El enano de la calle de Postas.



En Homburgo.

construido una multitud de cobertizos, talleres y aun casas altas. Los tres viajeros estuvieron dando vueltas un cuarto de hora largo ante: de que pudieran hallar un medio de entrar en el templo y el hombre flaco se distinguió por la frecuencia con que repetía una frase de mal a'eman equivalente á decir, ¿se puede ver la catedral? Esta frase con la sustitución de la palabra catedral por la de palacio, taller, etc., era suficiente, según decía, para llevar por toda la Alemania á un viajero aficionado á arquitectura.

La entrada de la catedral se halló por fin, pero por un medio muy curioso. Apareció súbitamente un hombre de religion hebrea (su gran nariz, su labio pendiente, sus ojos húmedos y sus muchos diamantes eran elocuentes en cuanto á la realidad del hecho) que estaba hablando consigo mismo en tono alegre y dando vueltas perpetuamente sobre los

tacones de sus botas barnizadas; estaba vestido con lujo y lleno de lodo de un modo extraordinario. Llevaba una ancha corbata blanca, cuya almohadilla estaba puesta al través y los extremos de la cual caían con desaliño, y creo que este caballero judío podía ser condenado á una fuerte multa si yo fuera á dar á entender que había estado participando en la noche anterior, del jugo de la uva en un estado de fermentación y evidentemente había estado levantado toda la noche; había en él algo de esta apariencia inequívoca del que va á su casa por la mañana, del que aparece con el día que no podía borrarse. El caballero hebreo era profusamente político y servicial. Conocía toda la catedral y apuntaba sus sitios en los cuatro puntos cardinales del horizonte afablemente, pero de una manera vaga. Tened en cuenta que el edificio (que parecía estar construido de piedra arenisca encarnada y

vieja, ó de cinabrio, ó de pan de especias fosilizado) estaba precisamente encima de la cabeza de los viajeros y lo que ellos deseaban saber no era dónde se hallaba, sino por dónde podrían verificar su entrada en él. Súbitamente se abrió una puerta oscura debajo de un arco y por ella salió una mujer con traje abigarrado, y un hombre con pipas y con acento muy agudo dijeron á los viajeros que los siguieran. Entonces desapareció el hebreo y los tres tratando de seguirle tropezaron en una pequeña puerta verde que se abrió ante ellos y casi arrastrándose entraron en la catedral de Maguncia.

—Era un israelita muy atento, dijo el hombre de la caja de hierro. Deseaba que me pidiera que le diese para comer y que me mostrara los leones.

—Necesitaria vend-ros despues algunas pieles de conejo, dijo el hombre gordo. ¿Podeis

saber cuál era el idioma que hablaba? Me pareció ser una mezcla de griego, latín, alemán, inglés, francés y otros idiomas; tal vez este hombre era un rabí; parecía muy instruido.

— Parecia muy lleno de lodo.

— Parecia muy borracho, observó el hombre flaco. Quisiera saber en qué fiesta hebrea

ha estado. ¡Pero, silencio! Señores, haced oración. No, deteneos; están reparando la catedral; mirad los andamios y los cubos de cal; debemos hablar con moderación.

Siempre parece que están reparando las catedrales alemanas (cuyo exterior en general se dice que ha quedado sin concluir en los

últimos cinco siglos), y sus solemnes naves son continuamente profanadas por las pisadas y por el lenguaje irreverente de los viajeros ingleses.

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA



Los peules de Kuar en el Africa Occidental.

EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA.

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSO.

(CONTINUACION.)

Al volver á la casa el filósofo no pudo durante mucho tiempo cerrar sus ojos, pero vencido despues por la fatiga no se despertó hasta la hora de comer. Al abrir los ojos, toda esta aventura nocturna le pareció un sueño y para reponerse se bebió un cuartillo de aguardiente; durante la comida fue lo que era siempre; hizo observaciones sobre todas las cosas y se comió un lechoncillo de tamaño regular casi sin la ayuda de nadie. Sin embargo, se decidió á no hablar de lo que le habia sucedido en la iglesia y únicamente contestó á todas las preguntas de los curiosos las palabras siguientes:

— Sí, allí suceden toda clase de cosas.

El filósofo era uno de estos que se hacen

prodigiosamente filantrópicos despues de una buena comida. Se echó en el suelo con la pipa en la boca mirando á toda la compañía con ojos benévulos y no hizo mas que fumar.

Despues de comer el filósofo se halló otra vez completamente en su estado normal. Dió la vuelta al lugar, se hizo conocido de todo el mundo y logró ser echado de dos casas. Además una graciosa jóven, hija de un aldeano, le dió un fuerte golpe con una pala sobre la espalda en un momento en que él, instigado por la curiosidad estaba á punto de convenirse por sí mismo por el sentido del tacto con respecto á la clase de tela de que estaba hecho su corsé. Una hora despues de la cena todos los de la casa se entretenían en el juego de *kragli*, en el cual el que gana tiene derecho á montarse sobre las espaldas del que pierde. Este juego ofrece frecuentemente un espectáculo curioso; la noche que decimos el que guardaba la yeguada, que era un patán muy grueso, queria montarse sobre la espalda

del porquero, que era un pol re diablo pequeño y encogido; otras veces era el que guardaba la yeguada, el que presentaba su espalda, y Doroch al ponerse encima no dejaba nunca de decir: ¡que animal! Cerca de la entrada de la cocina estaba la seccion mas grave de la compañía que los miraba con calma y fumaba sus pipas sin mover un músculo, cuando los demás tenían que ponerse las manos en los vacíos por la risa que los producian las bromas de Spirid. En vano, trató Tomás de tomar parte en su juego; una idea triste estaba fija como un clavo en su cabeza, hizo todo lo que pudo por estar alegre durante la cena, pero el terror iba ganando terreno en su alma á medida que la oscuridad se extendía en los cielos.

— Ya es hora, señor estudiante, dijo el viejo cosaco, levantándose de la mesa con Doroch; vamos á nuestra obligación.

Los dos cosacos condujeron á Tomás á la iglesia del mismo modo que la noche anterior;

le dejaron solo y despues echaron la llave á la puerta. Tomás vió nuevamente las imágenes de los santos, los antiguos dorados de las urnas y el negro ataúd de la hechicera que estaba en una inmovilidad silenciosa y amenazadora en medio de la iglesia.

¡Y bien! se decía á sí mismo, ¿qué vale todo esto? ya no me sorprenderá nada; solo la primera vez es un poco terrible, pero despues ya no lo es, no lo es nada.

Apresuradamente se fué á su puesto trazando con el dedo un círculo en derredor suyo, pronunció algunos exorcismos é hizo el firme propósito de no levantar la vista de su libro ni fijar la atención en nada mas, fuera lo que fuera. Habría ya leído mas de una hora, y fatigado de su tarea empezó á toser; habia sacado su caja de tabaco del bolsillo, y antes de tomar un polvo echó una tímida ojeada al ataúd. ¡Su corazón se oprimió de horror! La jóven muerta estaba ya de pie en el límite de su círculo mirándole con sus ojos opacos y vidriosos. El pobre estudiante no pudo menos de temblar y sintió un frio glacial que corría por sus venas. Bajando sus ojos prontamente, empezó á recitar sus oraciones y exorcismos; oyó á la muerta que rechinaba sus dientes y que extendía los brazos para asirle; pero mirándola furtivamente echó de ver que le buscaba en un punto distinto del que ocupaba en realidad y que parecia no poderle ver. De repente la muerta empezó á murmurar con sus frios labios palabras estrañas en voz baja; estas palabras sonaban de un modo ronco en su boca como suena la pez hirviendo en una caldera. No pudo comprender lo que significaban, pero estaba bien cierto de que tenían una significacion terrible; poseído de horror, se persuadió de que estaba haciendo conjuros. En efecto, un fuerte viento se levantó súbitamente alrededor de la iglesia; se oyó un viento que parecia proceder del movimiento de las alas de innumerables pájaros; creía oír millares de alas golpeando los cristales y las maderas de las ventanas, arañando con sus garras las barras de hierro y una pesada maza sobre la puerta que la hacían resonar sobre sus goznes. Su corazón latía con violencia, pero continuó recitandolos sus exorcismos con los ojos cerrados. Súbitamente se oyó un grito agudo en la lejanía, era el canto del gallo. El filósofo vencido por la emocion y el cansancio cesó dando un profundo suspiro.

Los que vinieron á buscarle por la mañana le encontraron medio muerto; estaba apoyado en la pared y miraba á los cosacos que fueron á buscarle con una espresion de terror y frotándose los ojos. Se vieron obligados casi á sacarle de la iglesia y á llevarle por el camino hasta la casa. Cuando llegaron á ella se esperezó é hizo que le dieran aguardiente; le bebió de un trago, pasó la mano por sus cabellos y dijo:

Hay toda clase de infamias en el mundo y le suceden á uno cosas que...

El filósofo no dijo nada mas, pero hizo un gesto que parecia decir: haria mejor en detener mi lengua. Los que estaban en derredor suyo bajaron la cabeza al oír estas palabras. Hasta un pobre muchacho, al que todas las gentes de la casa se creían autorizadas para emplear en su servicio cuando se trataba de limpiar el establo ó de llevar agua, aun este pobre muchacho quedó con la boca abierta como todos los demás.

En este momento, una mujer aun jóven, se presentó con un traje muy limpio y con un rostro jovial y agradable. Era la ayudante de la vieja cocinera y una gran coqueta que siempre se prendía en el jubon un pedazo de cinta, una flor ó un pedazo de papel á falta de otra cosa mejor.

—Buenos dias, Tomás, dijo al ver al filósofo. ¡Ay! ¿qué os ha sucedido? dijo cruzando las manos.

—¿Qué me ha de suceder? mujer estúpida, dijo Tomás.

—¡Dios de bondad! os habeis puesto completamente canoso.

—¡Eh! exclamó Spirid mirándole con atención, dice la verdad, estás tan canoso como el anciano Javteckh.

A estas palabras el filósofo entró en la cocina donde habia visto un pedazo triangular de espejo muy manchado por las moscas, alrededor del cual se hallaban suspendidas flores de toda clase ya marchitas, prueba de que pertenecía á la coqueta, y en efecto vió con disgusto que parte de su cabello se habia puesto blanco. Tomás bajó la cabeza reflexionando profundamente.

—Iré á ver al centurion, se dijo á sí mismo al fin. Le hablaré y le declararé que no recito ya mas oraciones, que me deje volver directamente á Kiew.

Dicho esto, em rendió su camino hácia la habitación principal.

El centurion estaba sentado en su cuarto, en el mismo sitio tan inmóvil como antes. Su rostro tenia la misma espresion de tristeza desesperada; solo se advertia que sus mejillas estaban mas hundidas y se podía ver fácilmente que habia tomado muy poco ó tal vez ningun alimento. Una palidez estraña daba á su rostro la apariencia de una estatua de piedra.

—Buenos dias, dijo viendo que Tomás se habia detenido cerca de la puerta con la gorra en la mano; bien, ¿cómo va? todo va bien, ¿no es asi?

—¡Sí, bien en verdad! Hay allí cosas tales que nada seria mejor que coger el gorro y echar á correr á donde quieran llevaros los pies.

—¿Cómo es eso?

—Porque vuestra hija, señor, dijo despues de haberlo pensado un poco, ciertamente es de noble cuna y nadie puede decir nada contra esto. Unicamente, no os irriteis, y que el señor reciba su alma...

—¡Y bien! ¿mi hija, qué?

—Vuestra hija tenia conexión con el espíritu malo y espanta á las gentes, de modo que no hay oraciones que sean buenas para ella.

—Rezad, rezad, no tenia nada de lo que decís; atendia bien á su alma, mi pobre paloma querida, y deseaba destruir todas las malas influencias por medio de las oraciones.

—Os juro, señor, que es superior á mis fuerzas.

—Rezad, rezad, amigo mio, replicó el centurion con voz persuasiva. Ya no falta mas que una noche; estais haciendo una buena obra y yo os recompensaré.

—Pero cualquiera que sea vuestra recompensa, señor... á fe mia, haced lo que queráis, replicó Tomás con resolucion, no rezaré ya mas.

—Escuchadme, filósofo, dijo el centurion, y su voz tomó repentinamente un sonido bronco y terrible, á mí no me gustan los caprichos; podeis hacer lo que queráis en el seminario, pero no en mi casa. Si yo mando que os azoten, no será del mismo modo que lo haria el rector. ¿Sabeis bien lo que son unos buenos kantchukis? (1).

—¿Cómo no lo he de saber? dijo el filósofo bajando la voz. Todo el mundo sabe lo que son los kantchukis; en gran número es una cosa insoportable.

—Bien, pero supongo que no deseareis saber como pueden calentaros las espaldas mis criados, dijo el centurion levantándose bruscamente, y su rostro tomó una espresion altiva y feroz que daba á conocer lo indomable de su carácter suavizado únicamente por un momento por el pesar. Id, id á vuestra obligacion, y si la cumplís, tendreis mil ducados.

—¡Oh! este es un hombre con quien no se puede jugar, pensó el filósofo al tiempo de marcharse. Pero estais engañado, amigo mio; yo me manejaré de modo que no podais encontrarme ni aun con vuestros perros.

(Se continuará).

NICOLAS GOGOL.

(1) Kantchukis son unas disciplinas hechas de correas largas y delgadas.

LOS PEULES DE KUAR

EN EL AFRICA OCCIDENTAL.

El traje de los peules del Kuar es semejante en los hombres al que llevan los peules del Futa; sin embargo, quizá se encontraria una ligera diferencia en el adorno de la cabeza, que no siempre se compone de un gorro de algodón ennegrecido por una capa de grasa, al cual por estraño que parezca, han sabido dar la forma de un casco. Este gorro, adornado de flores y otros ornamentos de cobre pulimentado y coronado de un plumero de cerda ó de plumas de gallo que cae sobre la cabeza, se lleva tambien allí; pero es menos comun que en el Futa, el Yollof y el Vallo. La tela de que se hacen los trajes, tampoco es únicamente la guinea como en estos últimos países; es algodón tejido por los tejedores indígenas y de un color pardo térreo, obtenido con el fruto del kelele, que sirve, como hemos dicho en otra parte, para teñir las uñas y el hueco de la mano de las moras. Esta tela es tambien algunas veces del color natural del algodón en bruto.

El corte de los vestidos, su disposicion particular en el traje de guerra ó de viaje, la distribucion de los cabellos en trenzas sostenidas con cordoncillos colocados á modo de ferroneras, todo esto es parecido á lo que se observa entre los peules del Futa: no falta ni aun la pomada de manteca rancia que se pone en plastones gruesos y que se derrite al sol regando y perfumando á un mismo tiempo el cabello la piel y los vestidos. Un tocado muy particular que no hemos notado en el país que citamos, se usa en Kuar entre los jóvenes adultos que se destinan al estudio del Corán: consiste en cortarse los cabellos con igualdad alrededor de la cabeza, de modo que envuelven el rostro en una especie de rodete; la longitud de los cabellos que entonces no se untan con ninguna grasa para que puedan tenerse tiesos y erizados, es por lo menos de siete á ocho pulgadas.

El traje de las mujeres de Kuar se diferencia del de las mujeres peules que habitan el país que acabamos de tomar por término de comparacion, mas que el de los hombres. Los tapa-rabos cortos, el pecho descubierto, los cabellos artísticamente colocados y cubiertos tambien de perfumería de manteca rancia son comunes á los dos países; pero lo que no lo es, son los adornos de vidrio, de ámbar y de coral que cargan con profusion todas las partes del cuerpo de los habitantes de Kuar; la misma diferencia se encuentra tambien en los tocados que son aquí mas elegantes y mas variados en la forma y adorno. Los brazaletes que se llevan en Kuar adornan el brazo por encima de la sangría en una anchura de cuatro á cinco pulgadas, y se componen de cuentas de vidrio incoloro y trasparente colocadas sobre un cáñamo de algodón; otras cuentas semejantes se ponen en los tobillos y corvas, pero no están fijas sobre tela ni dan mas que dos vueltas. Las mujeres de Kuar tienen las piernas y los brazos enteramente descubiertos; sus tapa-rabos no las cubren mas que desde la cintura á las rodillas.

Los peules de Kuar son evidentemente celosos, porque ponian mucho cuidado en ocultarnos á sus mujeres, y estas por su parte, sin duda por tranquilizar á sus maridos, tenían igual cuidado de evitar nuestro encuentro. A lo lejos, solíamos ver adornada de cuentas de vidrio ó de trenzas largas alguna cabeza de mujer que se asomaba furtivamente á la puerta de una cabaña; pero en cuanto nos acercábamos ó hacíamos ademan de acercarnos, la cabeza se retiraba precipitadamente y la puerta de la cabaña se cerraba.

Creo que no he hecho mencion del brazalete que usan casi todos los negros y que han adoptado tambien los peules de Kuar. Este brazalete, colocado mas arriba del puño derecho, es de cobre ó de hierro; es muy pesado, y al-

gunas veces suele estar groseramente cincelado; sirve mas bien de arma en el combate que de adorno.

A. RAFFENEL.

ESTUDIOS MORALES.

LA CARIDAD.

La caridad, virtud que está grabada en el corazón del hombre, desciende de lo alto. Dios, el Supremo Hacedor, parece quiso que el mortal disfrutara del paraíso en el suelo al infiltrar en el entendimiento humano, virtud tan excelente, joya tan apreciada. Es la beneficencia, es la caridad, la virtud que nos hace hermanos, iguala al pobre y al rico, hermana al gigante con el pigmeo y al soberbio con el humilde. Olvidase el hombre de las riquezas, placeres y deleites que ofrecerle puede el mundo falaz y engañoso, al poseer esta virtud. Este don bajado del cielo, emanado del trono del mismo Dios, surca los mares, y al penetrar en los mas espantosos desiertos da al embrutecido y fiero salvaje una vida de civilización y de fe.

¿Qué es lo que obliga al esforzado campeón de la fe, al hijo de la cruz, al desapasionado misionero llevar una vida errante y solitaria por los arenosos desiertos buscando las mas veces la palma del martirio, la corona de la gloria, sino la caridad? ¿Qué obliga á las tiernas é inocentes vírgenes á abandonar el hogar doméstico, el país natal, para proporcionar al mísero é infeliz nómada la cultura y verdad? ¿Por qué cubiertas con casto velo vestidas de tosco sayal entran en las embarcaciones y saltando en países remotos buscan con tanto ahínco la abandonada juventud que en ellas una solícita y tierna madre encuentra? Solo es debido á la caridad, solo da esta virtud tan óptimos frutos, solo borrando disensiones y discordias da y proporciona á cada ser desgraciado lo que le conviene. Para la horfandad, madre; para el mendigo, pan; para el pobre, riqueza; y para el rico satisfacción.

A la verdad, y sucede (por desgracia) con mucha frecuencia que la naturaleza ingrata, niega á ciertos seres lo que les es debido. Decimos mal, y no culpemos á la naturaleza, sino á ciertas madres indignas de tan honorífico título, que renegando de la alta misión que tienen al dar á luz á sus hijos, los abandonan en medio de la calle; ¿y quién los recoge? ¿Quién? La caridad.

Y la caridad los recoge, y la caridad les amamanta, y la caridad les cuida, y la caridad les enseña á ser útiles á su patria, á la sociedad en particular. Hé aquí cómo una madre les proporciona la caridad; hé aquí cómo vemos á la hermana de este nombre cuidando con tan solícito interés de la horfandad, como al verla cruzar los silenciosos claustros de una casa de recogidos, lleva uno en brazos, mientras que otro la sigue tirando de su sayal, de su hábito; hé aquí cómo esa predilecta esposa de Jesucristo se ocupa en lavar, cuidar y enseñar al ser desgraciado é infeliz que la caridad há en sus manos confiado. Sí, caridad, ¿por qué á tanto te obligas, y qué es lo que prometes?

¡Ah! la voz de la razón y de la fe, las admirables páginas del Evangelio, esa antorcha que alumbrá á las sublimes almas contestan: satisfacción en el corazón del que la practica.

Vemos al pobre jornalero que perdida una pierna, ó brazo en trabajos públicos ó privados, implora y solicita una limosna, un auxilio, un socorro y ¿por qué ponemos algunas veces una moneda en su descarnada mano? Por la caridad. ¿Por qué sucede que el caritativo le da el pan que come, el vestido que le adorna y el calzado que su pie cautiva? Por la caridad, por esta esclarecida virtud que auxilios proporciona al indigente.

A veces se pone ante nuestra vista el esforzado militar, aquel hombre mutilado en defensa de la patria, y que incapaz de ganarse

el sustento anda de puerta en puerta; veremos al que nació cojo, manco, ciego ó con otra infelicidad implorando el auxilio del que al ostentar la brillante posición que ocupa en la sociedad, le da lástima presenciar tal fatalidad, y le auxilia y le da de comer, y le da una moneda.

Fruto es de la caridad proporcionar satisfacción y alegría al mísero, porque como que infeliz no puede tener ambición; contento, tranquilo y satisfecho está con el día presente. La riqueza momentánea de que disfruta vale mas que los tesoros mas preciosos, porque alegre pasa un día y otro día.

¡Sublimes efectos de la caridad! ¡Magnífico testimonio de la beneficencia ó caridad! Hacer bien nos inculca el amor á nuestros semejantes y satisfacciones nos causa este amor que al prójimo debemos. Los discípulos del Crucificado, los héroes de la religión católica, testimonio son de las satisfacciones que disfrutaba su corazón al hacer bien: pero guardemos estas pruebas, y fijémonos solo en un personaje de la gentilidad.

Un emperador romano, Tito, este esclarecido guerrero que parece fue el instrumento de que Dios se valió para destruir y arrasar la ciudad deicida, no se encontraba satisfecho el día que no había auxiliado á la indigencia. Con razón, si á los individuos de que se compone una familia quitamos el hambre, serán otros tantos amigos, cuyos melodiosos acentos elevados al trono del Omnipotente, por su bienhechor clamarán eficazmente. En efecto: noche y día acordándose sin cesar del protector le desearán mil goces y prosperidades que sin llenarlo de vanidad, ni orgullo, satisfarán su corazón.

Tal es el fruto que acá en la tierra reporta el caritativo, porque no hay premio mayor; allá en el cielo, recibirán la brillante aureola de gloria que Dios les reserva.

MAGIN BERTRAN.

TAFVEL Y ADELINA.

BALADA POPULAR SUECA DE LA EDAD MEDIA.

Tafvel y Adelina están jugando en una isla á los dados.

Y la primer vez que los dados de oro ruedan sobre la mesa, Tafvel gana.

—Escucha lo que te voy á decir, Adelina; ¿cuánto tiempo me vas á esperar sin casarte?

—Para contestarte tendría que pedir consejos á mis padres; pero, en fin, te esperaré ocho años.

Tafvel monta á caballo y se despide mil veces de la orgullosa Adelina.

Prometió que le esperaría ocho años, y no pudo esperar ni siquiera dos meses.

Tafvel se aleja en su navío. Adelina al poco tiempo se casa con un mercader.

A los ocho años emprende de nuevo el viaje y vuelve á su país.

Tafvel llega en su navío á la orilla del mar, y se encuentra á un mercader.

—Dime, buen mercader, ¿qué hace Adelina, la que ha de ser mi esposa?

—Hoy no he tenido todavía noticias tuyas; mas ayer durmió por la noche en mis brazos.

Tafvel saca su espada y mata al mercader, cortándole la cabeza y los brazos.

Se dirige á la casa de Adelina, que al verle, sale á su encuentro.

—Dime, orgullosa Adelina, ¿por qué estás tan pálida?

—Porque mi hermano me ha dado disgustos.

—No creo en tus palabras.

Tafvel saca su espada sombría y hiere con fuerza á la orgullosa Adelina.

Monta á caballo, y corre tanto, que parece que vuela.

Corre hasta llegar á una isla donde por fin muere de dolor.

A. F.

Á LA MEMORIA DE ALEJANDRINA.

De la existencia mísera del suelo
en que brilló, radiante meteoro,
fruto precoz, emanación del cielo,
de inocencia y virtud rico tesoro,
que alzando osada hasta el olimpo el vuelo,
á un tiempo hirió inspirada el plectro de oro;
tomó al empíreo angélica fortuna,
cual ser divino de celeste cuna.

Sentir su ausencia con mezquino llanto.
es acto pusilánime. Ella vela
feliz y grande en la mansion del Santo.
Sembró en el mundo de virtud la escuela;
disfrutó el bien de sacrificio tanto.
¿Por qué su falta, pues nos desconsuela?...
Padres... amigos... Si nos dió el ejemplo...
Procuremos llegar hasta su templo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

Cual rosa fragante y pura
que hermosa, fresca y lozana,
brilla al sol de la mañana
y el abrego en noche oscura
destruye con furia insana,

Así brilló á nuestros ojos
tu grata risueña infancia,
cual flor de matices rojos,
y hoy su brillo y su fragancia
son ¡ay! míseros despojos.

Angel de amor y consuelo
que á ostentar celestes galas
tan solo bajaste al suelo,
¡ay!... ¿por qué tan pronto al cielo
tendiste las blancas alas?...

Naciste, y en un momento
en tí se vieron lucir
virtud, belleza y talento...
gloria, amor, paz y contento..
te brindaba el porvenir.

Mas ¡ay!... no ha querido el cielo
que poseyese este suelo
tan puras, tan ricas galas,
y á Dios, en rápido vuelo
tornastes las blancas alas.

E. S.

LA ESPEDICION ESPAÑOLA AL PACÍFICO.

Varios periódicos han clamado por la retirada de la pequeña división naval, enfáticamente llamada por algunos *escuadra*, que en estos momentos recorre los puertos del Pacífico. Solo una lamentable ignorancia de lo que respecto á nosotros acontece en aquellas regiones, ó una contradicción inesplicable entre los deseos y la manera de realizarlos, ha podido dar margen á tan inconveniente petición y al clamoreo que algunos han alzado para apoyarla.

Tenemos en toda la América grandes intereses que defender, muchos miles de compatriotas que proteger, y mal los protegeríamos, ni defenderíamos aquellos intereses, si alejásemos para siempre de aquellos mares la sombra del poder español, representado en nuestro pabellón. Largos años han trascurrido sin que en los puertos del Pacífico se presentara un buque de guerra nuestro, digno por sus condiciones de ostentarse como una muestra del poderío naval de nuestra patria; y ahora que hemos podido enviar tres que honran á la marina militar de España y llevan con imponente magestad su pabellón; ahora que aquellos habitantes, para quienes este era absolutamente desconocido, aprenden no solo á conocerlo sino á respetarlo; cuando sus demostraciones, en que se mezcla no poco de admiración al cariño y al entusiasmo, debieran ser un estímulo para nosotros como son una revelación y una enseñanza para todos, se pide que se retiren los buques; que desaparezca nuestra bandera, y con ella la representación de la fuerza nacional; que hagamos lo posible para perder la importancia que hemos adquirido; y que de-



La Caridad.

mos á entender que para enviar dos fragatas y una goleta hemos tenido que hacer un gran esfuerzo, siendo la retirada una consecuencia de la imposibilidad de mantenerlas en activo servicio.

¡Es muy singular la pretension de los que dicen que vuelvan á nuestros puertos los tres buques de la pequeña division del Pacífico! ¡Los mismos que le solicitan, son los que con mas vehemencia claman por el aumento y esplendor de nuestra marina de guerra, y quisieran en su entusiasmo que escudiese en número y escolencia de buques y tripulaciones á la armada británica y aun á todas las de Europa juntas! Ese deseo es muy legítimo y laudable: lo que no acertamos á comprender es para qué se quiere una poderosa armada si no ha de ser para llevar el pabellon á todas las partes del mundo, donde sea preciso hacer prudente alarde del poder de la nacion española. Si han de construirse buques para que se pudran en nuestros puertos y sirvan solo de pontones ó escuela de marinería, desde luego pediremos enérgicamente que se despida la maestranza de todos los arsenales y que las sumas que se invierten en construcciones, se destinen á otros ramos mas útiles y productivos para el Estado.

De muy distinta manera han opinado y opinan Francia é Inglaterra, naciones que tienen fuertes estaciones navales donde España no tiene un solo buque, y ni aun se acuerda de hacer que cada cinco ó seis años aparezca uno para ostentar sus cañones y los colores de su bandera. Es porque los grandes pueblos saben que ese y no otro es el medio seguro de mantener y acrecentar la influencia, y que esta bien vale el sacrificio de las sumas que cuestan las escuadras.

En la España actual se miran las cosas bajo muy distinto aspecto, y se quiere no solo barata, sino de valde una influencia universal.

El día en que se adquiriera el convencimiento de que esto es imposible, no se harán apreciaciones de que todo tienen menos de acertadas y justas. (*La España*).

BIBLIOGRAFÍA.

DICCIONARIO HISTÓRICO-GEOGRÁFICO-DESCRIPTIVO DE LOS PUEBLOS, VALLES, PARTIDOS, ALCALDÍAS Y UNIONES DE GUIPÚZCOA, CON UN APÉNDICE DE LAS CARTAS-PUEBLAS Y OTROS DOCUMENTOS IMPORTANTES, POR DON PABLO DE GOROSABEL.

El objeto de la obra, cuyo título precede, es el de dar una noticia fiel y cumplida á los pueblos, valles, partidos, alcaldías mayores, y uniones de que se compone la provincia de Guipúzcoa. Segun se indica en el mismo, tres son los aspectos bajo los que se trata: el histórico, geográfico y meramente descriptivo. La relacion histórica comprenderá las fundaciones de las villas, sus fueros, privilegios y exenciones; las cuestiones tenidas con las vecinas; las concordias celebradas con las mismas; los sucesos notables de guerras, incendios, inundaciones, pestes, tránsitos de personas reales, etc. Esta parte se ocupará tambien de las ordenanzas municipales de cada ciudad, villa, lugar, universidad ó concejo; de su gobierno y administracion local, con las variaciones tenidas hasta el día. La misma tratará igualmente de las sumisiones hechas por diferentes lugares á las jurisdicciones de las villas; del estado en que se conservaron aquellos mientras subsistieron tales uniones, asi que del tiempo, motivo y manera en que se emanciparon. De aquí se ve cuán vasto, difícil é interesante es el trabajo concerniente á dicho ramo. Para su desempeño con la posible exactitud, el autor ha tenido que hacer un estudio detenido de las antigüedades de cada pueblo, á cuyo efecto ha reconocido y estratado personalmente la multitud de documentos que encierran sus archivos, muchos de ellos en pergaminos viejos, deteriorados y apenas legibles. No bastando todavía esto para la consecucion del objeto propuesto, ha completado sus trabajos por medio de los papeles del archivo de la provincia, que se halla á su cargo. Se ve por consiguiente que los da-

tos históricos, que encierra el presente diccionario, no son adquiridos por relacion de terceras personas, segun se han escrito otras obras de esta clase, sino sacados, mediante trabajo propio, de los mismos documentos originales, que ciertamente es el medio mas seguro de conseguir la exactitud. Bajo el aspecto geográfico se indicarán los grados, minutos y segundos de longitud y latitud de cada pueblo; la altura que ocupan los mas sobre el nivel del mar; la distancia á la cabeza del partido judicial, capital de provincia y á otros importantes. La descripcion será la explicacion de cada localidad y su jurisdiccion; del número de sus habitantes; del partido judicial, arceprestazgo ó union á que pertenece; obispado antiguo de que procede. Hablará del mismo modo de las iglesias, conventos y casas consistoriales; de los establecimientos de beneficencia é instruccion pública; de los edificios particulares antiguos mas notables. Igualmente de las ferrerías, molinos harineros y demás industrias que haya en los pueblos, de su comercio y modo de vivir; así que de las demás curiosidades conducentes para dar una idea la mas completa posible de ellos. En cada artículo se da igualmente una noticia sucinta de los hombres mas distinguidos del pueblo á que se refiere, y bastante estensa de algunos que han descollado en las carreras del estado y de la Iglesia. Tales son Domenjon Gonzalez de Andia, San Ignacio de Loyola, Estéban de Garibay, Juan Sebastian de Elcano, don Miguel Lopez de Legazpi, el padre Andrés de Urdaneta, don Antonio de Oquendo, don Gaspar de Jáuregui, don Tomás de Zumalácarregui, etc. Tal es en resumen el plan del presente diccionario, el cual consta de un tomo de 744 páginas con el prólogo y se halla de venta al precio de 48 reales en rústica en las principales librerías.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

ADRID: Imp. de Gaspar y Roig.